

ODISEA



Austral Singular

HOMERO

ODISEA

Traducción

Luis Segalá y Estalella

Edición

Antonio López Eire



CANTO I

CONCILIO DE LOS DIOSES. EXHORTACIÓN DE ATENEA A TELÉMACO

Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio¹ que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el ponto, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria. Mas ni aun así pudo librarlos², como deseaba, y todos perecieron por sus propias locuras. ¡Insensatos! Comiéronse las vacas del Sol, hijo de Hiperión³, el cual no permitió que les llegara el día del regreso. ¡Oh diosa hija de Zeus!, cuéntanos aunque no sea más que una parte de tales cosas⁴.

¹ Cf. la versión latina de LIVIO ANDRÓNICO (ca, 240 a. C.: *Virum mihi, Camena, insece versutum*. Conocemos, además, dos versiones horacianas del comienzo de *La Odisea*. Una es ésta: *Ars 141-2: dic mihi, Musa, virum, captae post tempora Troiae/qui mores hominum multorum vidit et urbes*. Y ésta es otra, más libre: *Ep., I, 2, 19 y sigs. (Ulixen) qui domitor Troiae multorum providus urbis/et mores hominum inspexit...*

² Once de las doce naves de Odiseo fueron destruidas por los lestrigones, y en la propia nave capitana, en la que navegaba nuestro héroe, hubo muchas pérdidas antes de llegar a Trinacria (cf. *Od.*, IX, 289, 311, 344; X, 551-552; XII, 245 y sigs.).

³ Hiperión es nombre que Homero emplea como atributo del dios Sol (Helios). En Hesíodo (Hes., *Teogonía*, 374), Hiperión es un titán, padre de Helios.

⁴ Existe un paralelismo tan claro entre el promedio de la *Odisea* y el de la *Ilíada*, que o bien ambos son creaciones de un mismo poeta, o el autor de la

Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de una muerte horrorosa estaban en sus hogares, salvos de los peligros de la guerra y del mar; y solamente Odiseo, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso⁵, la ninfa veneranda, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo. Con el transcurso de los años llegó por fin la época en que los dioses habían decretado que volviese a su patria, a Ítaca, aunque no por eso debía poner fin a sus trabajos, ni siquiera después de juntarse con los suyos. Y todos los dioses le compadecían, a excepción de Poseidón⁶, que permaneció constantemente irritado contra el divinal Odiseo hasta que el héroe no arribó a su tierra.

Mas entonces habíase ido aquél al lejano pueblo de los etíopes⁷ —los cuales son los postreros de los hombres y forman

Odisea al componer el suyo tuvo presente el de la *Ilíada*, o ambos son copias de un exordio arquetípico. En cualquier caso, los dos proemios responden al consejo de Horacio (*Ars*, 148-149) que recomienda transportar al oyente velozmente al centro mismo de los acontecimientos: *in medias res non secus ac notas auditorem rapit*. Son dos buenos proemios los de los poemas homéricos, según Quintiliano (X 1, 48), porque en ellos, con una condensada y breve exposición del argumento, el poeta logra que el oyente esté en condiciones de seguir los episodios que de inmediato se le narran eslabonados uno con otro (... *et docilem summa celeriter comprehensa facit*).

⁵ Calipso es hija de Atlante; no tiene nada que ver con la Calipso hija de Tetis y de Océano que aparece en *La Teogonía* de HESÍODO (Hes., *Teogonía*, 359). El verbo *kalúptō* en griego significa «ocultar». Calipso tuvo oculto durante siete años a nuestro héroe.

⁶ La razón de esta inquina de Posidón está explicada en los versos 68 y siguientes (*Od.*, I, 68 y sigs.): Odiseo cegó a Polifemo el Cíclope, hijo del dios de los mares, clavándole en su único ojo una estaca aguzada cuya punta puso previamente al rojo vivo.

⁷ Los etíopes habitaban en las extremidades del mundo, al borde del Océano. Su rey Memmón es hijo de la Aurora (*Eōs*), cf. HESÍODO, *Teogonía*, 984-985, y ellos mismos son un pueblo mítico (hasta que Hecateo los identifica con los actuales etíopes asentados al sur de Egipto) a los que se sitúa más bien en el lejano oriente. Aquí, en cambio, nos encontramos con dos grupos de etíopes, los orientales y los occidentales. Es obvio que Posidón visitó a los primeros, porque al regresar pasó por Cilicia (cf. *Od.*, V, 283).

dos grupos que habitan respectivamente hacia el ocaso y hacia el orto de Hiperión— para asistir a una hecatombe de toros y corderos. Mientras aquél se deleitaba presenciando el festín, congregáronse las otras deidades en el palacio de Zeus Olímpico. Y fue el primero en hablar el padre de los hombres y de los dioses, porque en su ánimo tenía presente al ilustre Egisto⁸, a quien dio muerte el preclaro Orestes Agamenónida. Acordándose de él, dijo a los inmortales estas palabras:

ZEUS.—¡Oh dioses! ¡De qué modo culpan los mortales a los númenes! Dicen que las cosas malas les vienen de nosotros, y son ellos quienes se atraen con sus locuras infortunios no decretados por el destino. Así ocurrió con Egisto, que, oponiéndose a la voluntad del hado, casó con la mujer legítima del Atrida, y mató a éste cuando tornaba a su patria, no obstante que supo la terrible muerte que padecería luego. Nosotros mismos le habíamos enviado a Hermes, el vigilante Argifontes, con el fin de advertirle que no matase a aquél, ni pretendiera a su esposa; pues Orestes Atrida tenía que tomar venganza no bien llegara a la juventud y sintiese el deseo de volver a su tierra. Así se lo declaró Hermes; mas no logró persuadirlo, con ser tan excelente el consejo, y ahora Egisto lo ha pagado todo junto.

Respondióle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

ATENEA.—¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan! Aquél yace en la tumba por haber padecido una muerte muy justificada. ¡Así perezca quien obre de semejante modo! Pero se me parte el corazón a causa del prudente y desgraciado Odiseo, que, mucho tiempo ha, padece penas lejos de los suyos, en una isla⁹ azotada por las olas, en el centro del

⁸ El poeta quiere, sin duda, que los oyentes relacionen analógicamente a Egisto con los Pretendientes y, consiguientemente, a Orestes con Telémaco, y, de este modo, comparen a Clitemnestra con Penélope, confrontación de la que esta última sale mucho más lucida y airosa.

⁹ La isla se llama Ogigia (cf. *Od.*, I, 85) y está situada en el lejano occidente (cf. *Od.*, IV, 498; V, 100 y sigs., 278; XII, 447-448).

mar; isla poblada de árboles, en la cual tiene su mansión una diosa, la hija del terrible Atlante, de aquel que conoce todas las profundidades del ponto y sostiene las grandes columnas que separan la tierra y el cielo. La hija de este dios retiene al infortunado y afligido Odiseo, no cejando en su propósito de embelesarle con tiernas y seductoras palabras para que olvide Ítaca; mas Odiseo, que está deseoso de ver el humo de su país natal, ya de morir siente anhelos ¹⁰. ¿Y a ti, Zeus Olímpico, no se te conmueve el corazón? ¿No te era grato Odiseo cuando sacrificaba junto a las naves de los argivos? ¿Por qué así te has airado contra él, oh Zeus?

Contestole Zeus, que amontona las nubes:

ZEUS.—¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿Cómo quieres que ponga en olvido al divinal Odiseo, que por su inteligencia se señala sobre los demás mortales y siempre ofreció muchos sacrificios a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo? Pero Poseidón, que ciñe la tierra, le guarda vivo y constante rencor porque cegó al cíclope ¹¹, al deiforme Polifemo, que es el más fuerte de todos los cíclopes y nació de la ninfa Toosa ¹², hija de Forcis, que impera en el mar estéril, después que ésta se unió con Poseidón en honda cueva. Desde entonces Poseidón, que sacude la tierra, si bien no intenta matar a Odiseo, hace que vaya errante lejos de su patria. Mas, ¡ea!, tratemos todos nosotros de la vuelta del mismo y del modo como haya de llegar a su patria; y Poseidón depondrá la cólera, que no le fuera posible conten-

¹⁰ Asimismo, Penélope prefiere morir a vivir añorando a su querido esposo. Y así, le pide a Ártemis que la haga morir de un certero flechazo, de «blanda» y repentina muerte. Cf. *Od.*, XVIII, 202-205; XX, 61 y sigs.

¹¹ En ningún otro lugar de la *Odisea* se nos dice que Polifemo no tenía más que un ojo, lo que revela que era un dato muy bien afincado en la tradición popular, que el propio nombre de *kúklōps* se encargaba de recordar, pues significa «que tiene un gran ojo redondo».

¹² La ninfa Toosa evoca por su nombre las rápidas corrientes de las aguas, y Forco es un «Viejo del Mar», divinidad marina, como Nereo y Proteo (cf. *Od.*, XII, 96; 345).

der solo y contra la voluntad de los dioses, con los inmortales todos.

Respondióle en seguida Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

ATENEA.—¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan! Si les place a los bienaventurados dioses que el prudente Odiseo vuelva a su casa, mandemos ¹³ en seguida a Hermes, el mensajero Argifontes, a la isla Ogigia; y manifieste cuanto antes a la ninfa de hermosas trenzas la verdadera resolución que hemos tomado sobre la vuelta del paciente Odiseo, para que el héroe se ponga en camino. Yo, en tanto, yéndome a Ítaca, instigaré vivamente a su hijo, y le infundiré valor en el pecho para que llame al ágora a los melenudos aqueos y prohíba la entrada en su casa a todos los pretendientes, que de continuo le degüellan muchísimas ovejas y flexípedes bueyes de retorcidos cuernos. Y le llevaré después a Esparta y a la arenosa Pilo ¹⁴ para que, preguntando y viendo si puede adquirir noticias de su padre, consiga ganar honrosa fama entre los hombres.

Dicho esto, calzose los áureos divinos talares que la llevaban sobre el mar y sobre la tierra inmensa con la rapidez del viento, y asió la lanza fornida, de aguda punta de bronce, pesada, larga, robusta, con que la hija del prepotente padre destruye filas enteras de héroes siempre que contra ellos monta

¹³ Atenea expone su programa, que, como vemos, consta de dos partes: Odiseo debe partir de Ogigia; y Telémaco, inducido y estimulado por ella misma que se trasladará a Ítaca, emprenderá viaje a Esparta y a la arenosa Pilo en busca de noticias de su padre.

¹⁴ En Esparta tenía su palacio Menelao, hermano de Agamenón, y en él vivía con Helena, a la que recuperó en la toma de Ilión, y un hijo y una hija. En Pilo la arenosa, moraba en su palacio Néstor, el orador sonoro de los pilios, como se le llama en la *Iliada*. Pilo fue una localidad muy importante en época micénica, como prueban las ruinas del palacio situado en la localidad hoy llamada Epáno Engliano (situada 17 kilómetros al norte de la Pilo clásica en la que desembarcaron los atenienses durante la guerra del Peloponeso, el año 425 a. C.) y las tablillas de arcilla cocida en él encontradas. La Pilo de época clásica se encontraba en Mesenia, al noroeste de la bahía de Navarino.

en cólera. Descendió presurosa de las cumbres del Olimpo¹⁵ y, encaminándose al pueblo de Ítaca, detúvose en el vestíbulo de la morada de Odiseo, en el umbral que precedía al patio; empuñaba la bronceínea lanza y había tomado la figura de un extranjero, de Mentos, rey de los tafios¹⁶. Halló a los soberbios pretendientes, que para recrear el ánimo jugaban a los dados en la puerta de la casa, sentados sobre cueros de bueyes que ellos mismos habían degollado. Varios heraldos y diligentes servidores escanciábanles vino y agua en las cráteras; y otros limpiaban las mesas con esponjas de muchos ojos, colocábanlas en su sitio, y trinchaban carne en abundancia.

Fue el primero en advertir la presencia de la diosa el deiforme Telémaco¹⁷, pues se hallaba en medio de los pretendientes con el corazón apesadumbrado, y tenía el pensamiento fijo en su valeroso padre, por si, volviendo, dispersaba a aquéllos por la casa y recuperaba la dignidad real y el dominio de sus riquezas. Tales cosas meditaba, sentado con los pretendientes, cuando vio a Atenea¹⁸. A la hora fuese derecho al vestíbulo, muy indignado en su corazón de que un huésped tu-

¹⁵ Homero sitúa el Olimpo en un elevado monte de Macedonia en el que los dioses tienen su morada.

¹⁶ E reino de Mentos, rey de los tafios, lo localizaban los antiguos en Meganisi, una isleta situada a nueve millas de Ítaca, y al este de Léucade, de la que la separa un pequeño estrecho. En tiempos de Estrabón se llamaba Tafo (Estrabón, X, 2, 14).

¹⁷ Éste es el verso de la *Odisea* en que por primera vez se menciona a Telémaco, ya conocido por la *Iliada*, donde se le nombra un par de veces (*Il.*, II, 260, y IV, 354).

¹⁸ Comienza aquí una escena típica, la de «recibimiento de un huésped», cuya estructura es la siguiente: 1) Llega el huésped, 2) un miembro de la familia o de la casa de los anfitriones advierte su presencia, 3) sale a la puerta principal a darle acogedor recibimiento, 4) le toma de la mano, 5) le hace pasar, 6) le invita a tomar asiento, 7) le ofrece comida, 8) comienza a hacerle preguntas. Véanse similares escenas en *Od.*, III, 5 y sigs. (Telémaco es recibido como huésped en Pilo), *Od.*, IV, 20 y sigs. (Telémaco es acogido hospitalariamente en Esparta), y *Od.*, XIV, 29 y sigs. (Eumeo brinda hospitalario acogimiento a Odiseo sin saber que es precisamente su antiguo amo). Cf. W. Arend, *Die typischen Szenen bei Homer*; Berlín, 1933, 34 y sigs.

viere que esperar tanto tiempo a la puerta, asíó por la mano a la diosa, tomole la broncéa lanza y, hablándole, le dijo estas aladas palabras¹⁹:

TELÉMACO.—¡Salve, huésped! Entre nosotros has de recibir amistoso acogimiento. Y después que hayas comido, nos dirás de qué estás necesitado.

Hablando así empezó a caminar y Palas Atenea le fue siguiendo. Ya entrados en el interior del excelso palacio, Telémaco arrimó la lanza a una alta columna, metiéndola en la pulimentada lancera, donde había muchas lanzas del paciente Odiseo; hizo sentar a la diosa en un sillón, después de tender en el suelo linda alfombra bordada y de colocar el escabel para los pies, y acercó para sí una labrada silla; poniéndolo todo aparte de los pretendientes para que al huésped no le desplaciera la comida, molestado por el tumulto de aquellos varones soberbios, y él, a su vez, pudiera interrogarle sobre su padre ausente²⁰. Una esclava les dio aguamanos²¹, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y les puso delante una pulimentada mesa. La veneranda dispensera trájoles pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándoles con los que tenía guardados. El trinchante sirvió platos de carne de todas suertes y colocó a su lado áureas copas. Y un heraldo se acercaba a menudo para escanciarles vino.

Ya, en esto, entraron los orgullosos pretendientes. Apenas se hubieron sentado por orden en sillas y sillones, los heraldos diéronles aguamanos, las esclavas amontonaron el pan en los

¹⁹ Las palabras homéricas son «aladas» o «provistas de plumas», como las flechas que se disparan en la *Ilíada* (cf. *Il.*, IV, 117; V, 171). La imagen de la palabra como flecha la encontramos también en la lírica pindárica (Píndaro, *Olímpicas*, IX, 11-12) y en la tragedia griega (Esquilo, *Las Suplicantes*, 446; *Las Euménides*, 676; Eurípides, *Las Suplicantes*, 456, etc.).

²⁰ Comienza aquí otra escena típica: la de la «preparación y desarrollo del banquete». Cf. W. Arend, *o.c.*, 68 y sigs., y, en cuanto a los alimentos y condimentos que se ofrecían, cf. *Archaeologia Homerica*, Q, 45 y sigs.

²¹ Los héroes de la *Ilíada*, en cambio, no se lavan las manos antes de las comidas.

canastillos, los mancebos coronaron de bebidas las cráteras, y todos los comensales echaron mano a las viandas que les habían servido. Satisfechas las ganas de comer y de beber²², ocupáronles el pensamiento otras cosas: el canto y el baile, que son los ornamentos del convite. Un heraldo puso la bellísima cítara en las manos de Femio²³, a quien obligaban a cantar ante los pretendientes. Y mientras Femio comenzaba al son de la cítara un hermoso canto, Telémaco dijo estas razones a Atenea, la de los ojos de lechuza, después de aproximar su cabeza a la deidad para que los demás no se enteraran:

TELÉMACO.—¡Caro huésped! ¿Te enojarás conmigo por lo que voy a decirte? Éstos sólo se ocupan de cosas tales como la cítara y el canto; y nada les cuesta; pues devoran impunemente la hacienda de otro, la de un varón cuyos blancos huesos se pudren en el continente por la acción de la lluvia o los revuelven las olas en el seno del mar. Si le vieran regresar a Ítaca, todos preferirían tener los pies ligeros a ser ricos de oro y de vestidos. Mas aquél ya murió, a causa de su aciago destino, y ninguna esperanza nos resta, aunque alguno de los hombres terrestres afirme que aún ha de volver: el día de su regreso no amanecerá jamás. Pero, ¡ea!, habla y responde sinceramente²⁴.

²² Es esta una fórmula, muy frecuente en ambos poemas homéricos, que sirve para señalar el fin de una comida o banquete.

²³ Mientras que en la *Iliada* aparecen cantores o aedos no profesionales, como Apolo y las Musas en el Olimpo (*Il.*, I, 603-604), Paris (*Il.*, III, 54) y Aquiles (*Il.*, IX, 186 y sigs.), excepción hecha del legendario cantor tracio Támiris (*Il.*, II, 595 y sigs.) en la *Odisea*, por el contrario, nos topamos con dos bardos o aedos profesionales, el uno en la corte de Odiseo en Ítaca, llamado Femio, y el otro en la de Alcínoo, el rey de los feacios, cuyo nombre era Demódoco. Este último, al igual que el autor del «Himno a Apolo», a quien los antiguos identificaban con Homero, era ciego (cf. V, 172). Sobre la música y el baile en Homero, cf. *Archaeologia Homerica* U, 1 y sigs.

²⁴ Como hemos expuesto ya en otra nota, al finalizar una comida el anfitrión comienza a asatear al convidado con preguntas. Cf. *Od.*, III, 71 y sigs.; VIII, 550 y sigs.; XIV, 187 y sigs.; XVI, 57 y sigs. También en la *Iliada*, cuando dos combatientes se encuentran en la liza, se hacen mutuas preguntas acerca de sus respectivos linajes y blasones. Cf. *Il.*, VI, 121 y sigs.; XXI, 150 y sigs.

¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿En qué linaje de embarcación llegaste? ¿Cómo los marineros te trajeron a Ítaca? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no me figuro que hayas venido andando. Dime también la verdad de esto para que me entere. ¿Vienes ahora por primera vez o has sido huésped de mi padre? Que son muchos los que conocen nuestra casa, porque Odiseo acostumbraba visitar a los demás hombres.

Respondióle Atenea, la deidad de ojos de lechuza²⁵:

ATENEA.—De todo esto voy a informarte circunstanciadamente. Me jacto de ser Mentés, hijo del belicoso Anquíalo, y de reinar sobre los tafios, amantes de manejar los remos. He llegado en mi bajel, con mi gente, pues navego por el vinoso ponto hacia unos hombres que hablan otro lenguaje: voy a Témesa²⁶ para traer bronce, llevándoles luciente hierro. Anclé la embarcación cerca del campo, antes de llegar a la ciudad, en el puerto Retro, que está al pie del selvoso Neyo. Nos cabe la honra de que ya nuestros progenitores se daban mutua hospitalidad desde muy antiguo, como se lo pueden preguntar al héroe Laertes²⁷, el cual, según me han dicho, ya no viene a la población, sino que mora en el campo, atormentándole los pesares, y tiene una anciana esclava que le apareja la comida y le da de beber cuando se le cansan los miembros de arrastrarse por la fértil viña. Vine porque me aseguraron que tu padre estaba de vuelta en la población, mas sin duda lo impiden las deidades

²⁵ En la *Odisea* es frecuente encontrar relatos inventados que hacen los personajes para ocultar su identidad. Ahora le toca al falso Mentés, pero más adelante comprobaremos lo bien que el propio Odiseo miente e inventa historias. Cf. *Od.*, XIII, 256 y sigs.; XIV, 199 y sigs.; XVII, 419 y sigs.; XIX, 172 y sigs.; XXIV, 304 y sigs.

²⁶ Los antiguos identificaban esta localidad, Témesa, con Tempsa, en los Abruzos, o con Támaso, en Chipre. Los modernos piensan que la originaria lectura de este pasaje era *es t'Alasin*, es decir: «a Alasia», localidad de Chipre famosa por su producción de cobre.

²⁷ Laertes es el padre de Odiseo, que fue rey de Ítaca antes que aquél, pero una vez éste le sucedió, ya no conservó autoridad ninguna.

poniendo obstáculos a su retorno; que el divinal Odiseo no desapareció aún de la tierra, pues vive y está detenido en el vasto ponto, en una isla que surge entre las olas, desde que cayó en poder de hombres crueles y salvajes que lo retienen a su despecho. Voy ahora a predecir lo que ha de suceder, según los dioses me lo inspiran en el ánimo y yo creo que ha de verificarse, porque no soy adivino ni hábil intérprete de sueños: «Aquél no estará largo tiempo fuera de su patria aunque lo sujeten férreos vínculos; antes hallará algún medio para volver, ya que es ingenioso en sumo grado». Mas, ¡ea!, habla y dime con sinceridad si eres el hijo del propio Odiseo. Eres pintiparado a él así en la cabeza como en los bellos ojos; y bien lo recuerdo, pues nos reuníamos a menudo antes de que se embarcara para Troya, adonde fueron los príncipes argivos en las cóncavas naves.

Contestole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—Voy a hablarte, ¡oh huésped!, con gran sinceridad. Mi madre afirma que soy hijo de aquél, y no sé más; que nadie consiguió conocer por sí su propio linaje. ¡Ojalá que fuera vástago de un hombre dichoso que envejeciese en su casa rodeado de sus riquezas!; mas ahora dicen que descendiendo, ya que me lo preguntas, del más infeliz de los hombres mortales.

Replicole Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

ATENEA.—Los dioses no deben haber dispuesto que tu linaje sea oscuro, cuando Penélope²⁸ te ha parido cual eres. Mas, ¡ea!, habla y dime con franqueza: ¿Qué comida, qué reunión es ésta y qué necesidad tienes de darla? ¿Se celebra convite o casamiento?, que no nos hallamos evidentemente en un festín a escote. Paréceme que los que comen en el palacio con tal arrogancia ultrajan a alguien, pues cualquier hombre sensato se indignaría al presenciar sus muchas torpezas.

²⁸ El nombre de Penélope deriva de la voz *pēnēlops*, que significa «ánade». En el folclor de varios pueblos la hembra del ánade es considerada símbolo de fidelidad conyugal, pues se asegura en estas culturas que las hembras de estos volátiles permanecen unidas de por vida a sus respectivos y únicos compañeros.

Contestole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—¡Huésped! Ya que tales cosas preguntas e inquieres, sabe que esta casa hubo de ser opulenta y respetada en cuanto aquel varón permaneció en el pueblo. Mudose después la voluntad de los dioses, quienes, maquinando males, han hecho de Odiseo el más ignorado de todos los hombres; que yo no me afligiera de tal suerte si acabara la vida entre sus compañeros en el país de Troya o en brazos de sus amigos luego que terminó la guerra, pues entonces todos los aqueos le habrían erigido un túmulo y hubiese dejado a su hijo una gloria inmensa. Ahora desapareció sin fama, arrebatado por las Harpías²⁹, su muerte fue oculta e ignota, y tan sólo me dejó pesares y llanto. Y no me lamento y gimo únicamente por él, pues los dioses me han enviado otras funestas calamidades. Cuantos próceres mandan en las islas, en Duliquio, en Same³⁰ y en la selvosa Zacinto³¹, y cuantos imperan en la áspera Ítaca, todos pretenden a mi madre y arruinan nuestra casa. Mi madre ni rechaza las odiosas nupcias ni sabe poner fin a tales cosas; y aquéllos comen y agotan mi hacienda, y pronto acabarán conmigo mismo.

Contestole Atenea, muy indignada:

ATENEA.—¡Oh dioses! ¡Qué falta no te hace el ausente Odisseo para que ponga las manos en los desvergonzados pretendientes! Si volviera y se mostrara en el portal de esta casa, con su yelmo, su escudo y sus dos lanzas, como la primera vez que le vi en la mía, bebiendo y recreándose, cuando volvió de Éfira³², del palacio de Ilo Mermérica³³ —allá fue Odiseo en su velera

²⁹ El poeta hace un juego etimológico entre la voz *hárpuiai* (Harpías, criaturas fabulosas asociadas a los vientos) y el verbo que sigue *anereípsanto* («arrebataron hacia lo alto»), como si entendiese que la palabra *hárpuiai* significase «raptora» o «arrebataadora».

³⁰ Duliquio y Same corresponden a Cefalonia.

³¹ Sobre la boscosa o selvosa Zacinto, cf. *Od.*, IX, 24.

³² Éfira debe de ser la ciudad de Tesprotia, famosa por los venenos que allí podían obtenerse; cf. *Od.*, II, 329.

³³ De Ilo nada sabemos salvo que era hijo de Mérmero, puesto que se nos dice en este mismo lugar. A Mérmero, en cambio, hijo de Jasón y Medea, se le relacionaba con Éfira.

nave por un veneno mortal con que pudiese teñir las bronceas flechas; pero Ilo, temeroso de los sempiternos dioses, no se lo procuró y entregóselo mi padre, que le quería muchísimo—; si, pues, mostrándose tal, se encontrara Odiseo con los pretendientes, fuera corta la vida de éstos y bien amargas sus nupcias. Mas está puesto en manos de los dioses si ha de volver y tomar venganza en su palacio, y te exhorto a que desde luego medites cómo arrojarás de aquí a los pretendientes. ¡Ea!, óyeme, si te place, y presta atención a mis palabras. Mañana convoca en el ágora a los héroes aqueos, háblales a todos y sean testigos las propias deidades. Intima a los pretendientes que se separen, yéndose a sus casas, y si a tu madre el ánimo le mueve a casarse, vuelva al palacio de su muy poderoso padre³⁴ y allí le dispondrán las nupcias y le aparejarán una dote tan cuantiosa como debe llevar una hija amada. También a ti te daré un prudente consejo, por si te decidieras a seguirlo: apresta la mejor embarcación que hallares, con veinte remeros; ve a preguntar por tu padre, cuya ausencia se hace larga, y quizá algún mortal te hablará del mismo o llegará a tus oídos la fama que procede de Zeus y es la que más difunde la gloria de los hombres. Trasládate primeramente a Pilos e interroga al divino Néstor, y después de allí ve a Esparta, al rubio Menelao, que ha llegado el postrero de los argivos de bronceas corazas³⁵. Si oyeres decir que tu padre vive y ha de volver, súfrelo todo un año más, aunque estés afligido; pero si te participaren que ha muerto y ya no existe, retorna sin dilación a la patria, érigele un túmulo, hazle las muchas exequias que se le deben y búscale a tu madre un esposo. Y así que hayas ejecutado y llevado a cumplimiento todas estas cosas, medita en tu mente y en tu corazón cómo matarás a los pretendientes en tu palacio, si con dolo o a la descubierta, porque es preciso que no andes en niñerías, que ya no tienes edad para ello. ¿Por ventura no sabes cuánta gloria

³⁴ El padre de Penélope era Icarío.

³⁵ «Los aqueos de bronceas corazas» es una fórmula empleada profusamente en la *Ilíada*.

ha ganado ante los hombres el divinal Orestes, desde que hizo perecer al matador de su padre, al doloso Egisto, que le había muerto a su ilustre progenitor? También tú, amigo, ya que veo que eres gallardo y de elevada estatura, sé fuerte para que los venideros te elogien. Y yo me voy hacia la velera nave y los amigos, que ya deben de estar cansados de esperarme. Cuida de hacer cuanto te dije y acuérdate de mis consejos.

Respondióle el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—¡Oh forastero! Me dices estas cosas de una manera tan benévola, como un padre a su hijo, que nunca jamás podré olvidarlas. Pero, ¡ea!, aguarda un poco, aunque tengas prisa por irte, y después que te bañes y deleites tu corazón, volverás alegremente a tu nave, llevándote un regalo ³⁶ precioso, muy bello, para guardarlo como presente mío, que tal es la costumbre a seguir con los huéspedes amados.

Contestóle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

ATENEA.—No me detengas oponiéndote a mi deseo deirme en seguida. El regalo con que tu corazón quiere obsequiarme me lo entregarás a la vuelta ³⁷ para que me lo lleve a mi casa: escógelo muy hermoso y será justo que te lo recompense con otro semejante.

Diciendo así, partió Atenea, la de ojos de lechuza: fuese la diosa, volando como un pájaro ³⁸, después de infundir en el espíritu de Telémaco valor y audacia, y de avivarle aún más la memoria de su padre. Telémaco, considerando en su mente lo ocurrido, quedose atónito, porque ya sospechó que había hablado con una deidad. Y aquel varón, que parecía un dios, se fue en seguida hacia los pretendientes.

³⁶ En la sociedad aristocrática de los poemas homéricos el anfitrión solía hacer un regalo a su huésped al despedirlo, de modo que un héroe viajero podía hacerse con muchas riquezas. Cf. *Od.*, III, 301; IV, 90; 124 y sigs.; 589 y sigs.; 612 y sigs.; VIII, 389 y sigs.; IX, 229; 375; XIV, 323 y sigs.; XXI, 13 y sigs.; XXIV, 273 y sigs.; *Il.*, VI, 218 y sigs.; X, 269.

³⁷ Entiéndase: al volver de Témesa.

³⁸ En los poemas homéricos los dioses olímpicos se trasladan de un lugar a otro con increíble velocidad. Cf. *Il.*, XIII, 63-72; XVIII, 617; XXIV, 121.

Ante éstos, que le oían sentados y silenciosos, cantaba el ilustre aedo la vuelta³⁹ deplorable que Palas Atenea había depurado a los aqueos cuando partieron de Troya. La discreta Penélope, hija de Icario, oyó de lo alto de la casa la divinal canción, que le llegaba al alma, y bajó por la larga escalera, pero no sola, pues le acompañaban dos esclavas. Cuando la divina entre las mujeres⁴⁰ llegó a donde estaban los pretendientes, detúvose junto a la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido velo y una honrada doncella a cada lado. Y arrasándosele los ojos en lágrimas, hablóle así al divinal aedo:

PENÉLOPE.—¡Femio! Pues que sabes otras muchas hazañas de hombres y de dioses, que recrean a los mortales y son celebradas por los aedos, cántales alguna de las mismas sentado ahí, en el centro, y óiganla todos silenciosamente y bebiendo vino; pero deja ese canto triste que constantemente me angustia el corazón en el pecho, ya que se apodera de mí un pesar grandísimo que no puedo olvidar. ¡Tal es la persona de quien padezco soledad, por acordarme siempre de aquel varón cuya fama es grande en la Hélade y en el centro de Argos!⁴¹.

Replicole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—¡Madre mía! ¿Por qué quieres prohibir al amable aedo que nos divierta como su mente se lo sugiera? No son los aedos los culpables, sino Zeus, que distribuye sus presentes a los varones de ingenio del modo que le place. No ha de increparse a Femio porque canta la suerte aciaga de los

³⁹ El ilustre aedo cantaba la vuelta («el regreso», *nóstos*) de los aqueos. La *Odisea* narra el *nóstos* de Odiseo en relación y contraste con los *nóstoi* de los demás héroes aqueos. Estos «regresos» eran argumento frecuente de canciones de gesta: cf. *Od.*, III, 130-198; 245-312; IV, 351-586.

⁴⁰ Es esta una fórmula que se aplica en el poema a Penélope (*Od.*, XVI, 415; XVIII, 208; XXI, 64) y a Nausícaa (*Od.*, VIII, 458).

⁴¹ La expresión significa «por toda Grecia». En la *Ilíada*, Hélade designa solamente la ciudad y el reino de Peleo, al sur de Tesalia, como muy sagazmente dedujo Tucídides (I, 3, 3). Aquí, en cambio, significa ya Grecia del norte; y Argos equivale al Peloponeso o la Grecia del sur.

dánaos⁴², pues los hombres alaban con preferencia el canto más nuevo⁴³ que llega a sus oídos. Resígnate en tu corazón y en tu ánimo a oír ese canto, ya que no fue Odiseo el único que perdió en Troya la esperanza de volver; hubo otros muchos que también perecieron. Mas vuelve ya a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo, y de hablar nos cuidaremos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando en esta casa.

Volvióse Penélope muy asombrada a su habitación, revolviendo en el ánimo las discretas palabras de su hijo. Y así que hubo subido por las escaleras a lo alto de la casa, lloró a Odiseo, su caro consorte, hasta que Atenea, la de ojos de lechuza, le infundió en los párpados el dulce sueño.

Los pretendientes movían alboroto en la oscura sala y todos deseaban acostarse con Penélope, en su mismo lecho. Mas el prudente Telémaco comenzó a decirles:

TELÉMACO.—¡Pretendientes de mi madre, que os portáis con orgullosa insolencia! Gocemos ahora del festín y cesen vuestros gritos, pues es muy hermoso escuchar a un aedo como éste, tan parecido por su voz a las propias deidades. Al romper el alba, nos reuniremos en el ágora para que yo os diga sin rebozo que salgáis del palacio: disponed otros festines y comeos vuestros bienes, convidándoos sucesiva y recíprocamente en vuestras casas. Mas si os pareciese mejor y más acertado destruir impunemente los bienes de un solo hombre, seguid consumiéndolos, que yo invocaré a los sempiternos dioses, por si algún día nos concede Zeus que vuestras obras sean castigadas, y quizá muráis en este palacio sin que nadie os venga.

⁴² «Dánaos» es en los poemas homéricos palabra sinónima de «argivos» y «aqueos».

⁴³ He aquí una primera reflexión que revela la existencia de una poética homérica. Píndaro dirá (*Olímpicas*, IX, 48-49):

y el vino viejo alaba, mas las flores
de los cantos más nuevos.

Así dijo, y todos se mordieron los labios, admirándose de que Telémaco les hablase con tanta audacia.

Pero Antínoo⁴⁴, hijo de Eupites, le repuso diciendo:

ANTÍNOO.—¡Telémaco! Son ciertamente los mismos dioses quienes te enseñan a ser grandioso y a arengar con audacia; mas no quiera el Cronión que llegues a ser rey de Ítaca, rodeada por el mar, como te corresponde por el linaje de tu padre.

Contestole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—¡Antínoo! ¿Te enojarás acaso por lo que voy a decir? Es verdad que me gustaría serlo, si Zeus me lo concediera. ¿Crees por ventura que el reinar sea la peor desgracia de los hombres? No es malo ser rey, porque su casa se enriquece pronto y su persona se ve más honrada. Pero muchos príncipes aqueos, entre jóvenes y ancianos, viven en Ítaca, rodeada por el mar; reine cualquiera de ellos, ya que murió el divinal Odiseo, y yo seré señor de mi casa y de los esclavos que éste adquirió para mí como botín de guerra⁴⁵.

Respondióle Eurímaco, hijo de Pólipo⁴⁶:

EURÍMACO.—¡Telémaco! Está puesto en manos de los dioses cuál de los aqueos ha de ser el rey de Ítaca, rodeada por el mar; pero tú sigue disfrutando de tus bienes, manda en tu palacio, y jamás, mientras Ítaca sea habitada, venga hombre alguno a despo-

⁴⁴ Antínoo juntamente con Eurímaco son los cabecillas de los pretendientes, *arkhoi mnēstērōn*, como se les llama en *Od.*, IV, 629. A lo largo del poema es Antínoo el que habla primero, y en la venganza que se cobra Odiseo en los pretendientes fue también el primero en caer abatido por las flechas de nuestro héroe (*Od.*, XXII, 8 y sigs.) En aquella ocasión, muerto Antínoo, Eurímaco trata de hacerle pasar ante Odiseo como único culpable (*Od.*, XXII, 48 y sigs.). Antínoo es un buen orador, hijo de un padre que se llama con nombre parlante *Eupites* (*Eupeithes*: «dotado para convencer».).

⁴⁵ De estas palabras se deduce que la realeza no era hereditaria en Ítaca. Desaparecido Odiseo, uno de los reyes trata de imponerse casándose con Penélope o, sencillamente, por la fuerza. En el canto inmediato (*Od.*, II, 246-251) Leócrito dice que aun si volviese Odiseo, tendría que habérselas con los pretendientes para ocupar el trono. Y de hecho, al final de la *Odisea* nuestro héroe tiene que combatir con los parientes de los pretendientes que acaba de matar.

⁴⁶ Eurímaco, el hijo de Pólipo, suele hablar, como ya hemos dicho en anterior nota, después de Antínoo. Cf. *Od.*, II, 177 y sigs.; XXI, 320 y sigs.

jarte de tus riquezas contra tu querer. Y ahora, óptimo Telémaco, deseo preguntarte por el huésped. ¿De dónde vino tal sujeto? ¿De qué tierra se gloria de ser? ¿En qué país se hallan su familia y su patria? ¿Te ha traído noticias de la vuelta de tu padre o ha llegado con el único propósito de cobrar alguna deuda? ¿Cómo se levantó y se fue tan rápidamente sin aguardar a que le conociéramos? De su aspecto colijo que no debe de ser un miserable.

Contestole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—¡Eurímaco! Ya se acabó la esperanza del regreso de mi padre; y no doy fe a las noticias, vengan de donde vinieren, ni me curo de las predicciones que haga un adivino a quien mi madre llame e interroque en el palacio. Este huésped mío lo era ya de mi padre y viene de Tafos: se precisa ser Mentés, hijo del belicoso Anquíalo, y reina sobre los tafios, amantes de manejar los remos.

Así habló Telémaco, aunque en su mente había reconocido a la diosa inmortal. Volvieron los pretendientes a solazarse con la danza y el deleitoso canto, y así esperaban que llegase la oscura noche. Sobrevino ésta cuando aún se divertían, y entonces partieron para acostarse en sus respectivas casas. Telémaco subió al elevado aposento que para él se había construido dentro del hermoso patio, en un lugar visible por todas partes, y se fue derecho a la cama, meditando en su ánimo muchas cosas. Acompañábale, con teas encendidas en la mano, Euriclea⁴⁷, hija de Ops Pisenórida, la de castos pensamientos, la cual había comprado Laertes con sus bienes en otro tiempo, apenas llegada a la

⁴⁷ Euriclea es la vieja nodriza de Odiseo (cf. *Od.*, XIX, 354), que ayuda a Telémaco a hacer los preparativos de su viaje a Pilo; consuela a Penélope cuando ésta se entera de que se ha ido su hijo (*Od.*, IV, 742 y sigs.); reconocerá a Odiseo cuando llegue de incógnito, disfrazado de mendigo, a su propio palacio, y se horrorizará al verle ensangrentado a raíz de la matanza de los pretendientes. Tanto ella como otro fiel siervo, el porquerizo Eumeo, son de origen noble. A Euriclea, en este mismo canto se le menciona el padre y el abuelo para dejar bien sentado el hecho de que pertenece a familia de abolengo. Lo mismo hace el poeta con Eumeo, de quien nombra al padre y al abuelo: su padre Ctesio Orménida era rey de dos ciudades de la isla Siria (cf. *Od.*, XV, 413-414).

pubertad, por el precio de veinte bueyes⁴⁸; y en el palacio la honró como a una casta esposa, pero jamás se acostó con ella, a fin de que su mujer no se irritase. Aquélla, pues, alumbraba a Telémaco con teas encendidas, por ser la esclava que más le amaba y la que le había criado desde niño, y, en llegando, abrió la puerta de la habitación sólidamente construida. Telémaco se sentó en la cama, desnudose la delicada túnica y dióselas en las manos a la prudente anciana, la cual, después de componer los pliegues, la colgó de un clavo que había junto al lecho⁴⁹, y al punto salió de la estancia, entornó la puerta, tirando del anillo de plata, y echó el cerrojo por medio de una correa. Y Telémaco, bien cubierto con un vellón de oveja, pasó toda la noche revolviendo en su mente el viaje que Atenea le había aconsejado.

CANTO II

ÁGORA DE LOS ITACENSES. PARTIDA DE TELÉMACO

Cuando apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos⁵⁰, el caro hijo de Odiseo se levantó de la cama, vistiose, colgó del hombro la aguda espada, ató a sus nítidos pies hermo-

⁴⁸ Un elevado precio si se tiene en cuenta que un trípode vale doce bueyes (*Il.*, XXIII, 703); una armadura de bronce cuesta nueve (*Il.*, VI, 236); un caldero, un buey (*Il.*, XXIII, 885); y una esclava experta cuesta cuatro bueyes tan sólo (*Il.*, XXIII, 705).

⁴⁹ El texto original dice exactamente «lecho provisto de agujeros o perforado». Efectivamente, por estos agujeros hechos en la armadura de la cama se hacían pasar cuerdas que se disponían en forma de red y se ataban a postes (uno de los cuales, en la cama de Odiseo, era el tronco de un olivo que había llegado a estar dentro del dormitorio, cf. *Od.*, XXIII, 190). Cf. T. D. Seymour, *Life in the Homeric Age*, Nueva York, 1965, 204; *Archaeologia Homerica*, P, 30 y sigs.

⁵⁰ La Aurora se extiende como una mano abierta. Este adjetivo epíteto *rhododáktylos* del original («de rosáceos dedos») lo emplea Safo (96, 8 Voigt) para referirse a la luna, y sobre él se crea el nuevo epíteto *rhodópēkhos* («de rosados brazos») utilizado por Hesíodo (*Teogonía*, 246; 254) y Safo (58, 19 Voigt).

sas sandalias y, semejante por su aspecto a una deidad, salió del cuarto. En seguida mandó que los heraldos, de voz sonora, llamaran al ágora a los melenudos aqueos. Hízose el pregón y empezaron a reunirse muy prestamente. Y así que hubieron acudido y estuvieron congregados, Telémaco se fue al ágora con la broncínea lanza en la mano y dos perros de ágiles pies que le seguían⁵¹, adornándolo Atenea con tal gracia divinal, que al verle llegar, todo el pueblo le contemplaba con asombro, y se sentó en la silla de su padre, pues le hicieron lugar los ancianos.

Fue el primero en arengarles el héroe Egiptio⁵², que ya estaba encorvado de vejez y sabía muchísimas cosas. Un hijo suyo muy amado, el belicoso Ántifo, había ido a Ilión, la de hermosos corceles⁵³, en las cóncavas naves, con el divinal Odiseo, y el feroz Cíclope lo mató en la excavada gruta e hizo del mismo la última de aquellas cenas. Otros tres tenía el anciano —uno, Eurínomo⁵⁴, hallábase con los pretendientes, y los demás cuidaban los campos de su padre—, mas no por eso se había olvidado de Ántifo, y por él lloraba y se afligía. Egiptio, pues, les arengó, derramando lágrimas, y les dijo de esta suerte:

EGIPTIO.—Oíd, itacenses, lo que os voy a decir⁵⁵: Ni una sola vez fue convocada nuestra ágora, ni en ella tuvimos se-

⁵¹ En el original, realmente leemos, en el verso 11: «y no sólo, sino que le seguían dos perros...», verso que fue imitado por Virgilio: *Eneida*, VIII, 461-462 *neqnon et gemini custodes limine ab alto / praecedunt gressumque canes comitantur erilem*: «y además, incluso / una pareja de perros guardianes, / desde el alto umbral, / del paso del señor van por delante, / y a la par le acompañan».

⁵² Egiptio es nombre propio atestiguado en las tablillas micénicas.

⁵³ El adjetivo epíteto *eúpōlos* («de hermosos corceles») lo refiere Homero a Ilión exclusivamente. Hay en la *Iliada* frecuentes alusiones a la extraordinaria calidad de los caballos troyanos: *Il.*, V, 221 y sigs.; 265 y sigs.; 640 y sigs.; XX, 221 y sigs.; XXIII, 377 y sigs.; cf., asimismo, *Od.*, XVIII, 261 y sigs.: «y que (*sc.* los troyanos)... de veloces caballos son jinetes».

⁵⁴ Eurínomo reaparecerá en *Od.*, XXII, 242.

⁵⁵ Es interesante notar que los otros dos ancianos que intervienen en la asamblea, Halíterses y Mentor, dan principio a sus respectivos discursos con estas mismas palabras con que ahora Egiptio inicia el suyo; cf. *Od.*, II, 161; 229.

sión, desde que el divinal Odiseo partió en las cóncavas naves. ¿Quién al presente nos reúne? ¿Es joven o anciano aquel a quien le apremia necesidad tan grande? ¿Recibió alguna noticia de que el ejército vuelve y desea manifestarnos públicamente lo que supo antes que otros? ¿O quiere exponer y decir algo que interesa al pueblo? Parece que debe de ser un varón honrado y proficuo. Cúmplale Zeus, llevándolo a feliz término, lo que en su ánimo revuelve.

Así les habló. Holgose del presagio el hijo amado de Odiseo, que ya no permaneció mucho tiempo sentado: deseoso de arengarles, se levantó en medio del ágora, y el heraldo Pisenor, que sabía dar prudentes consejos, le puso el cetro⁵⁶ en la mano. Telémaco, dirigiéndose primeramente al viejo, se expresó de esta guisa:

TELÉMACO.—¡Oh anciano! No está lejos ese hombre y ahora sabrás que quien ha reunido al pueblo soy yo, que me hallo sumamente afligido. Ninguna noticia recibí de la vuelta del ejército para que pueda manifestaros públicamente lo que haya sabido antes que otros, y tampoco quiero exponer ni decir cosa alguna que interese al pueblo: trátase de un asunto particular mío, de la doble cuita que se entró por mi casa. La una es que perdí a mi excelente progenitor, el cual reinaba sobre vosotros con blandura de padre; la otra, la actual, de más importancia todavía, pronto destruirá mi casa y acabará con toda mi hacienda. Los pretendientes de mi madre, hijos queridos de los varones más señalados de este país, la asedian a pesar suyo y no se atreven a encaminarse a la casa de Icario, su padre, para que la dote y la entregue al que él quiera y a ella le plazca, sino que, vi-

⁵⁶ El cetro no sólo lo empuñan, como símbolo de autoridad, los reyes (*Od.*, III, 412, *Il.*, I, 279; II, 86), los sacerdotes (*Il.*, I, 15; 28), los jueces (*Od.*, XI, 569), los adivinos (*Od.*, XI, 91) y los heraldos (*Il.*, VII, 277), sino también quienes intervienen como oradores en las asambleas (*Il.*, I, 232; 245; II, 279; III, 218-219; X, 321; 328; XXIII, 566-567). Recordemos que cuando las Musas consagraron poeta a Hesíodo en las laderas del monte Helicón (Hesíodo, *Teogonía*, 30), también le dieron un cetro; y que en las pinturas de los vasos aparecen rapsodos empuñando el cetro mientras recitan.

niendo todos los días a nuestra morada, nos degüellan los bueyes, las ovejas y las pingües cabras, celebran banquetes, beben locamente el vino tinto y así se consumen muchas cosas, porque no tenemos un hombre como Odiseo que sea capaz de librar nuestra casa de tal ruina⁵⁷. No me hallo yo en disposición de llevarlo a efecto —sin duda debo de ser en adelante débil y me ha de faltar el valor marcial—, que ya arrojaría esta calamidad si tuviera bríos suficientes, porque se han cometido acciones intolerables y mi casa se pierde de la peor manera. Participad vosotros de mi indignación, sentid vergüenza⁵⁸ entre los vecinos circunstantes y temed que os persiga la cólera de los dioses, irritados por las malas obras. Os lo ruego por Zeus Olímpico y por Temis⁵⁹, la cual disuelve y reúne las ágoras de los hombres: no prosigáis, amigos; dejad que padezca a solas la triste pena, a no ser que mi padre, el excelente Odiseo, haya querido mal y causado daño a los aqueos de hermosas grebas, y vosotros ahora, para vengaros de mí, me queráis mal y me causéis daño, incitando a éstos. Mejor fuera que todos juntos devorarais mis inmuebles y mis rebaños, que, si tal hicierais, quizá algún día se pagaran, pues iría por la ciudad reconviniéndoos con palabras y reclamándoos los bienes hasta que todos me fuesen devueltos. Mas ahora las penas que a mi corazón inferís son incurables.

Así dijo, encolerizado, y, rezumándole las lágrimas⁶⁰, arrojó el cetro en tierra. Moviose a piedad el pueblo entero, y todos

⁵⁷ Las cinco líneas precedentes (desde «sino que, viniendo todos los días...») responden a cinco versos del original (*Od.*, V, 55-59) que reaparecen exactamente iguales en *Od.*, XVII, 534-538).

⁵⁸ La indignación y la vergüenza son un lugar común al que se recurre para subrayar la injusticia y la infamia de una determinada acción. Más adelante, la apelación a la equidad y al respeto humano frente a la iniquidad y el oprobio se convertirá en un *tópos* de la oratoria.

⁵⁹ Temis, divinidad del orden establecido por la ley natural, es ya una diosa íntimamente ligada a Zeus, hasta el punto de que Hesíodo nos la presenta como su segunda mujer (Hesíodo, *Teogonía*, 901).

⁶⁰ Los héroes homéricos lloran con frecuencia. En la *Iliada* contemplamos los llantos de Aquiles (*Il.*, I, 349) y Patroclo (*Il.*, XVI, 3), y en la *Odisea*, el de su protagonista (*Od.*, VIII, 83 y sigs.; 521 y sigs.).

callaron, sin que nadie se atreviese a contestar a Telémaco con ásperas palabras, salvo Antínoo, que respondió diciendo:

ANTÍNOO.—¡Telémaco altilocuo, incapaz de moderar tus ímpetus! ¿Qué has dicho para ultrajarnos? Tú deseas cubrirnos de baldón. Mas la culpa no la tienen los aqueos que pretenden a tu madre, sino ella, que sabe proceder con gran astucia. Tres años van con éste, y pronto llegará el cuarto, que contrista el ánimo que los aquivos tienen en su pecho. A todos les da esperanzas, y a cada uno en particular le hace promesas y le envía mensajes; pero son muy diferentes los pensamientos que en su inteligencia revuelve. Y aún discurrió su espíritu este otro engaño: se puso a tejer en palacio una gran tela ⁶¹ sutil e interminable, y a la hora nos habló de esta guisa: «¡Jóvenes, pretendientes míos! Ya que ha muerto el divinal Odiseo, aguardad, para instar mis bodas, que acabe este lienzo —no sea que se me pierdan inútilmente los hilos—, a fin de que tenga sudario el héroe de Laertes cuando le sorprenda la Parca de la aterradora muerte. ¡No se me vaya a indignar alguna de las aqueas del pueblo si ve enterrar sin mortaja a un hombre que ha poseído tantos bienes!». Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante pasaba el día labrando la gran tela, y por la noche, tan luego como se alumbraba con las antorchas, deshacía lo tejido. De esta suerte logró ocultar el engaño y que sus palabras fueran creídas por los aqueos durante un trienio; mas así que vino el cuarto año y volvieron a sucederse las estaciones, nos lo reveló una de las mujeres que conocía muy bien lo que pasaba, y sorprendímosla cuando destejía la espléndida tela. Así fue como, mal de su grado, se vio en la necesidad de acabarla. Oye, pues, lo que te responden los pretendientes para que lo alcance tu ingenio y lo sepan también los aqueos todos. Haz que tu madre vuelva a su casa, y ordénale que

⁶¹ La estratagema de la tela de Penélope aparece referida en el poema dos veces más. En una ocasión habla de ella la propia Penélope (*Od.*, XIX, 138 y sigs.) y más adelante la vuelve a exponer el alma del pretendiente Anfimedonte (*Od.*, XXIV, 128 y sigs.) en su conversación con Agamenón.

tome por esposo a quien su padre le aconseje y a ella le plazca. Y si atormentare largo tiempo a los aqueos, confiando en las dotes que Atenea le otorgó en tal abundancia —ser diestra en labores primorosas, gozar de buen juicio y valerse de astucias que jamás hemos oído decir que conocieran las anteriores aqueas, Tiro, Alcmena y Micenas⁶², la de hermosa diadema, pues ninguna concibió pensamientos semejantes a los de Penélope—, no se habrá decidido por lo más conveniente, ya que tus bienes y riquezas serán devorados mientras siga con las trazas que los dioses le infundieron en el pecho. Ella ganará ciertamente mucha fama, pero a ti te quedará tan sólo la añoranza de los copiosos bienes que hayas poseído; y nosotros ni volveremos a nuestros negocios, ni nos llegaremos a otra parte, hasta que Penélope no se haya casado con alguno de los aqueos.

Contestole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—¡Antínoo! No es razón de que eche de mi casa, contra su voluntad, a la que me dio el ser y me ha criado. Mi padre quizá esté vivo en otra tierra, quizá haya muerto; pero me será gravoso haber de restituir a Icarío muchísimas cosas si voluntariamente le envió mi madre. Y entonces no sólo padeceré infortunios a causa de la ausencia de mi padre, sino que los dioses me causarán otros; pues mi madre, al salir de la casa, imprecará a las odiosas Erinis⁶³ y caerá sobre mí la

⁶² Tiro era hija de Salmoneo, rey de Élide; tuvo de Posidón dos hijos: Pelias y Nereo, y de su marido mortal, llamado Creteo, tuvo tres: Esón, Feres y Amitaón; cf. *Od.*, XI, 235 y sigs.; Hesíodo, frgts. 30-32 Merkelbach-West.

Alcmena, hija de Anfitrión, unida a Zeus, dio a luz a Heracles; cf. *Od.*, XI, 266 y sigs.; Hesíodo, frgto. 193, 19-20 Merkelbach-West.

Micene, heroína epónima de Micenas, fue hija de Inaco y madre de Argo; cf. Hesíodo, frgto. 246 Merkelbach-West.

⁶³ Las Erinias (o Erinis) son divinidades asociadas a las imprecaciones que, fundamentalmente, castigan los crímenes cometidos contra la propia familia. En *Od.*, XI, 280, así como en *Il.*, IX, 568 y sigs., vemos cómo las Erinias apoyan a una madre castigando al propio hijo de ésta. A veces el término *erinis* significa meramente «maldición» (cf. *Il.*, XXI, 412) y las Erinias de *Las Euménides* de Esquilo (*Las Euménides*, 417) afirman: «Imprecaciones somos llamadas en nuestras moradas de bajo tierra».

indignación de los hombres. Jamás, por consiguiente, daré yo semejante orden. Si os indigna el ánimo de lo que ocurre, salid del palacio, disponed otros festines y comeos vuestros bienes, convidándoos sucesiva y recíprocamente en vuestras casas. Pero si os parece mejor y más acertado destruir impunemente los bienes de un solo hombre, seguid consumiéndolos, que yo invocaré a los sempiternos dioses por si algún día nos concede Zeus que vuestras obras sean castigadas, y quizá muráis en este palacio sin que nadie os venga.

Así habló Telémaco, y el largovidente Zeus envíole dos águilas⁶⁴ que echaron a volar desde la cumbre de un monte. Ambas volaban muy juntas, con las alas extendidas, y tan rápidas como el viento; y al hallarse en medio de la ruidosa ágora, anduvieron volteando ligeras, batiendo las tupidas alas; miráronles a todos a la cabeza como presagio de muerte, desgarrándose con las uñas la cabeza y el cuello, y se lanzaron hacia la derecha por cima de las casas y a través de la ciudad. Quedáronse todos los presentes muy admirados de ver con sus propios ojos las susodichas aves, y pensaban en sus adentros qué fuera lo que tenía que suceder, cuando el anciano héroe Haliterse⁶⁵ Mastórida, el único que se señalaba entre los de su edad en conocer los augurios y explicar las cosas fatales, les arengó con benevolencia, diciendo:

HALITERSES.—Oíd, itacenses, lo que os voy a decir, aunque he de referirme de un modo especial a los pretendientes. Grande es el infortunio que a éstos les amenaza, porque Odisseo no estará mucho tiempo alejado de los suyos, sino que ya quizá se halla cerca y les apareja a todos la muerte y el des-

⁶⁴ El vuelo del águila, la más perfecta de las aves, una vez hecha una súplica a los dioses, significa que la plegaria en cuestión será escuchada. Hay en la *Odisea* presagios del regreso de Odisseo que transmiten las aves con su vuelo. Cf. *Od.*, XV, 106 y sigs.; 525 y sigs.; XX, 242-243; XIX, 535 y sigs.

⁶⁵ Haliterse es un nombre parlante que significa «Osado en el mar». Su padre, Mástor, tiene un nombre que quiere decir «indagador». Haliterse es uno de los compañeros del padre de Telémaco (o sea, de Odisseo), al igual que Ántifo y Méntor, según consta en *Od.*, XVII, 69.

tino, y también les ha de venir daño a muchos de los que moran en Ítaca, que se ve de lejos. Antes de que así ocurra, pensemos cómo les haríamos cesar de sus demasías, o cesen espontáneamente, que fuera lo más provechoso para ellos mismos. Pues no lo vaticino sin saberlo, sino muy enterado; y os aseguro que al héroe se le ha cumplido todo lo que yo le declaré cuando los argivos se embarcaron para Ilión y fuese con ellos el ingenioso Odiseo. Díjele entonces que, después de pasar muchos males y de perder a sus compañeros, tornaría a su patria en el vigésimo año sin que nadie le conociera; y ahora todo se va cumpliendo.

Respondióle Eurímaco, hijo de Pólipo:

EURÍMACO.—¡Oh anciano! Vuelve a tu casa y adivínales a tus hijos lo que quieras, a fin de que en lo sucesivo no padezcan ningún daño; mas en estas cosas sé yo vaticinar harto mejor que tú. Muchas aves se mueven debajo de los rayos del sol, pero no todas son agoreras. Odiseo murió lejos de nosotros, y tú debieras haber perecido con él, y así no dirías tantos vaticinios ni incitarías al irritado Telémaco, esperando que mande algún presente a tu casa⁶⁶. Lo que ahora voy a decir se cumplirá: si tú, que conoces muchas cosas antiquísimas, engañares con tus palabras a ese hombre más mozo y le incitares a que permanezca airado, primeramente será mayor su aflicción, pues no por las predicciones le será dable proceder de otra suerte; y a ti, ¡oh anciano!, te impondremos una multa para que te duela el pagarla y te cause grave pesar. Yo mismo, delante de todos vosotros, daré a Telémaco un consejo: ordene a su madre que vuelva a la casa paterna y allí le dispondrán las nupcias y le aparejarán una dote tan cuantiosa como debe llevar una hija amada. No creo que hasta entonces desistamos los jóvenes aqueos de nuestra laboriosa pretensión, porque no tememos absolutamente a nadie, ni siquiera a Telémaco, a pesar

⁶⁶ Cuando las profecías no son gratas a quien las escucha, es común que éste acuse de corrupción al autor de tales predicciones. Cf. Sófocles, *Edipo rey*, 388; *Antígona*, 1055; Eurípides, *Ífigenia en Aulide*, 520.

de su facundia; ni nos curamos de la vana profecía que nos haces y por la cual has de sernos aún más odioso. Sus bienes serán devorados de la peor manera, como hasta aquí, sin que jamás se le resarza el daño, en cuanto ella entretenga a los aqueos con diferir la boda. Y nosotros, esperando día tras día, competiremos unos contra otros por sus eximias prendas y no nos dirigiremos a otras mujeres que nos pudieran convenir para casarnos.

Contestole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—¡Eurímaco y cuantos sois ilustres pretendientes! No os he de suplicar ni arengar más acerca de esto, porque ahora ya están enterados los dioses y los aqueos todos. Mas, ¡ea!, aprestadme una embarcación muy velera y veinte compañeros que me abran camino acá y acullá del ponto. Iré a Esparta y a la arenosa Pilos a preguntar por el regreso de mi padre, cuya ausencia se hace ya tan larga, y quizá algún mortal me hablará de él o llegará a mis oídos la fama que procede de Zeus y es la que más difunde la gloria de los hombres. Si oyere decir que mi padre vive y ha de volver, lo sufriré todo un año más, aunque estoy afligido; pero si me participaren que ha muerto y ya no existe, regresaré sin dilación a la patria y erigiré un túmulo, le haré las muchas exequias que se le deben, y a mi madre le buscaré esposo.

Cuando así hubo hablado, tomó asiento. Entonces levántose Mentor, el amigo del preclaro Odiseo —éste, al embarcarse, le había encomendado su casa entera para que los suyos obedeciesen al anciano y él se lo guardara todo y lo mantuviese en pie—, y, benévolo, les arengó del siguiente modo:

MENTOR.—Oíd, itacenses, lo que os voy a decir. Ningún rey que empuñe el cetro sea benigno, ni blando, ni suave, ni ocupe la mente con cosas justas; antes, al contrario, obre siempre con crueldad y lleve a cabo acciones nefandas; ya que nadie se acuerda del divinal Odiseo entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba con blandura de padre. Y no aborrezco tanto a los orgullosos pretendientes por la violencia con que proceden, llevados de sus malos intentos —pues si devoran la casa

de Odiseo, ponen en aventura sus cabezas y creen que el héroe ya no ha de volver—, como me indigno contra la restante población al contemplar que permanecéis sentados y en silencio, sin que intentéis, sin embargo, de ser tantos, refrenar con vuestras palabras a los pretendientes, que son pocos.

Respondióle Leócrito Evenórida:

LEÓCRITO.—¡Mentor, perverso e insensato! ¡Qué dijiste! ¡Incitarles a que nos hagan desistir! Dificultoso les sería, y hasta a un número mayor de hombres, luchar con nosotros para privarnos de los banquetes. Pues si el mismo Odiseo de Ítaca, viniendo en persona, encontrase a los ilustres pretendientes comiendo en el palacio y resolviera en su corazón echarlos de su casa, no se alegraría su esposa de que hubiese vuelto, aunque mucho lo desea, porque allí mismo recibiría el héroe indigna muerte si osara combatir con tantos varones. En verdad que no has hablado como debías. Mas, ¡jea!, separaos y volved a vuestras ocupaciones. Mentor y Haliteres, que siempre han sido amigos de Telémaco por su padre, le animarán para que emprenda el viaje; pero se me figura que, permaneciendo quieto durante mucho tiempo, oiré en Ítaca las noticias que vengan y jamás hará semejante viaje.

Así dijo, y al punto disolvió el ágora. Dispersáronse todos para volver a sus respectivas casas y los pretendientes enderezaron su camino a la morada del divinal Odiseo.

Telémaco se alejó hacia la playa y, después de lavarse las manos en el espumoso mar, oró a Atenea, diciendo:

TELÉMACO.—¡Óyeme, oh numen⁶⁷ que ayer viniste⁶⁸ a mi casa y me ordenaste que fuese en una nave por el oscuro ponto

⁶⁷ Telémaco invoca a Atenea, a la orilla del mar, nada más empezar la acción de la *Odisea*, al igual que lo hizo Aquiles a Tetis, en los comienzos de la *Ilíada* (*Il.*, I, 348). También Crises se dirige a la orilla del mar para invocar a Apolo (*Il.*, I, 34 y sigs.).

⁶⁸ Telémaco se dio cuenta, al irse Mentos, de que, en realidad, el aparente rey de los tafios, su huésped, era una divinidad; ahora sabe que se trataba de la mismísima Atenea. Más adelante (*Od.*, III, 377 y sigs.), en cambio, veremos cómo Néstor, más experto y avisado que el joven hijo de Odiseo a causa

en busca de noticias del regreso de mi padre, cuya ausencia se hace ya tan larga! A todo se oponen los aqueos y en especial los en mal hora ensoberbecidos pretendientes.

Así dijo rogando. Acercose Atenea, que había tomado el aspecto y la voz de Mentor, y le dijo estas aladas palabras:

ATENEA.—¡Telémaco! No serás en lo sucesivo ni cobarde ni imprudente, si has heredado el buen ánimo que tu padre tenía para llevar a su término acciones y palabras; si así fuere, el viaje no lo harás en vano, ni quedará por hacer. Mas si no eres hijo de aquél y de Penélope, no creo que llegues a efectuar lo que anhelas. Contados son los hijos que se asemejan a sus padres⁶⁹, los más salen peores, y tan solamente algunos los aventajan. Pero tú, como no serás en lo futuro ni cobarde ni imprudente, ni te falta del todo la inteligencia de Odiseo, puedes concebir la esperanza de dar fin a tales obras. No te dé cuidado, pues, lo que resuelvan o mediten los insensatos pretendientes; que éstos ni tienen cordura ni practican la justicia, y no saben que se les acerca la muerte y la negra Parca para que todos acaben en un mismo día. Ese viaje que anhelas no se diferirá largo tiempo: soy tan amigo tuyo por tu padre, que aparejaré una velera nave y me iré contigo. Vuelve a tu casa, mézclate con los pretendientes y ordena que se dispongan provisiones en las oportunas vasijas, echando el vino en ánforas, y la harina, que es la sustentación de los hombres, en fuertes pellejos; y mientras tanto juntaré, recorriendo la población, a

de los muchos años de su larga vida, sabe perfectamente, y así lo expresa, que quien guía a Telémaco es la hija de Zeus, Tritogenia, que ya de antiguo estimaba a su padre con especial predilección y preferencia en relación con los demás aqueos.

⁶⁹ He aquí la aristocrática idea de la degeneración progresiva que domina la sucesión de las stirpes, razas, castas y linajes. Cualquier tiempo pasado fue mejor. Cada generación es inferior a la que la ha precedido. El mito hesiódico de las cinco edades o razas (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 174 y sigs.) es una manifestación literaria de esta antigua concepción. Un eco de este verso que comentamos lo hallamos en Eurípides, *Los Heraclidas*, 325 y sigs., lugar en que se abunda en este mismo concepto de la degradación que implacablemente van sufriendo las sucesivas generaciones.

los que voluntariamente quieran acompañarte. Muchas naves hay, entre nuevas y viejas, en Ítaca, rodeada por el mar: después de registrarlas, elegiré para ti la que sea mejor, y luego que esté equipada, la entregaremos al anchuroso ponto.

Así habló Atenea, hija de Zeus, y Telémaco no demoró mucho tiempo después que hubo escuchado la voz de la deidad. Fuese a su casa con el corazón afligido, y halló a los soberbios pretendientes que desollaban cabras y asaban puercos cebones en el recinto del patio. Entonces Antínoo, riéndose, salió al encuentro de Telémaco, le tomó la mano y le dijo estas palabras:

ANTÍNNOO.—¡Telémaco altílocuo, incapaz de moderar tus ímpetus! No revuelvas en tu pecho malas acciones o palabras, y come y bebe conmigo como hasta aquí lo hiciste. Y los aqueos te prepararán todas aquellas cosas, una nave y remeros escogidos, para que muy pronto vayas a la divina Pilos en busca de nuevas de tu ilustre padre.

Replicole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—¡Antínoo! No es posible que yo permanezca callado entre vosotros, tan soberbios, y coma y me regocije tranquilamente. ¿Acaso no basta que los pretendientes me hayáis destruido muchas y excelentes cosas, mientras fui muchacho? Ahora que soy mayor y sé lo que ocurre, escuchando lo que los demás dicen, y crece en mi pecho el ánimo, intentaré enviaros las funestas Parcas, sea acudiendo a Pilos, sea aquí en esta población. Pasajero me iré —y no será infructuoso el viaje de que hablo—, pues no tengo nave ni remeros, que sin duda os pareció más conveniente que así fuera.

Dijo, y desasíó fácilmente su mano de la de Antínoo. Los pretendientes, que andaban preparando el banquete dentro de la casa, se mofaban de Telémaco y le zaherían con palabras. Y uno de aquellos jóvenes soberbios habló de esta manera:

UN PRETENDIENTE.—Sin duda piensa Telémaco cómo darnos muerte: traerá valedores de la arenosa Pilos o de Esparta, ¡tan vehemente es su deseo!, o quizá intente ir a la fértil tierra de Efira para llevarse drogas mortíferas y echarlas luego en la crátera, a fin de acabar con todos nosotros.

Y otro de los jóvenes soberbios repuso acto continuo:

OTRO PRETENDIENTE.—¡Quién sabe si, después de partir en la cóncava nave, morirá lejos de los suyos vagando como Odiseo! Mayor fuera entonces nuestro trabajo, pues repartiríamos todos sus bienes y daríamos esta casa a su madre, y a quien la desposara, para que en común la poseyesen.

Así decían. Telémaco bajó⁷⁰ a la anchurosa y elevada cámara de su padre, donde había montones de oro y de bronce, vestiduras guardadas en arcas y gran copia de oloroso aceite. Allí estaban las tinajas del dulce vino añejo, repletas de bebida pura y divinal, y arrimadas ordenadamente a la pared, por si algún día volviera Odiseo a su casa, después de haber padecido multitud de pesares. La puerta tenía dos hojas sólidamente adaptadas y sujetas por la cerradura, y junto a ella hallábase de día y de noche, custodiándolo todo con precavida mente, una dispensera: Euriclea, hija de Ops Pisenórida. Entonces Telémaco la llamó a la estancia y le dijo:

TELÉMACO.—¡Ama! ¡Ea!, ponme en ánforas dulce vino, el que sea más suave después del que guardas para aquel infeliz, esperando siempre que vuelva Odiseo, del linaje de Zeus, por haberse librado de la muerte y de las Parcas. Llena doce ánforas y ciérralas con sus tapaderas. Aparta también veinte medidas de harina de trigo, y échalas en pellejos bien cosidos. Tú sola lo sepas. Esté todo aparejado y junto, pues vendré por ello al anochecer, así que mi madre se vaya arriba a recogerse. Que quiero hacer un viaje a Esparta y a la arenosa Pilos, por si logro averiguar u oír algo del regreso de mi padre.

Así habló. Echose a llorar su ama Euriclea y, suspirando, díjole estas aladas palabras:

EURICLEA.—¡Hijo amado! ¿Cómo te ha venido a las mientes tal propósito? ¿Adónde quieres ir por apartadas tierras, siendo unigénito y tan querido? Odiseo, del linaje de Zeus, murió lejos de la patria, en un pueblo ignoto. Así que partas,

⁷⁰ En los palacios micénicos las despensas estaban ubicadas en los sótanos.

éstos maquinarán cosas inicuas para matarte con algún engaño y repartirse después todo lo tuyo. Quédate aquí cerca de tus bienes, que nada te obliga a padecer infortunios yendo por el estéril ponto, ni a vagar de una parte a otra.

Contestole el prudente Telémaco:

TELÉMACO.—Tranquilízate, ama, que esta resolución no se ha tomado sin que un dios lo quiera. Pero júrame⁷¹ que nada dirás a mi madre hasta que transcurran once o doce días, o hasta que la aqueje el deseo de verme u oiga decir que he partido, para evitar que llore y dañe así su hermoso cuerpo.

Así dijo, y la anciana prestó el solemne juramento de los dioses. En acabando de jurar, ella, sin perder un instante, envasó el vino en ánforas y echó la harina en pellejos bien cosidos, y Telémaco volvió a subir y se juntó con los pretendientes.

Entonces Atenea⁷², la deidad de ojos de lechuza, ordenó otra cosa. Tomó la figura de Telémaco, recorrió la ciudad, habló con distintos varones y les encargó que al anochecer se reunieran junto al barco. Pidió también una velera nave al hijo preclaro de Fronio, a Noemón, y éste se la cedió gustoso.

Púsose el sol y las tinieblas ocuparon todos los caminos. En aquel mismo instante la diosa echó al mar la ligera embarcación y colocó en la misma cuantos aparejos llevaban las naves de muchos bancos. Condújola después a una extremidad del puerto, juntáronse muchos y excelentes compañeros, y Atenea los alentó a todos.

⁷¹ El juramento solemne es otro *tópos* o lugar común de la épica homérica. He aquí algunos ejemplos: *Il.*, III, 268 y sigs., X, 321 y sigs., XIV, 271 y sigs., XIX, 108 y sigs.; *Od.*, V, 178 y sigs., X, 343 y sigs.; XII, 298 y sigs.; XV, 435 y sigs., XVIII, 55 y sigs. Cf. W. Arend, *O. C.*, 122-123.

⁷² Comienza aquí otra escena típica (cf. W. Arend, *O. C.*, 81 y sigs.: la de «los preparativos de un viaje», cuyos detalles se exponen con extremada minuciosidad: se selecciona la tripulación (v. 383 y sigs.); la dotación elegida se dirige hacia la nave (392); se prepara la nave para la travesía (389-390); se embarcan los víveres y el equipaje (410-415); se sueltan amarras (418); el viento favorable hincha las velas (420).

Entonces Atenea, la deidad de ojos de lechuza, ordenó otra cosa. Fuese al palacio del divinal Odiseo, infundioles a los pretendientes dulce sueño, les entorpeció la mente en tanto que bebían, e hizo que las copas les cayeran de las manos. Todos se apresuraron a irse por la ciudad y acostarse, pues no estuvieron mucho tiempo sentados desde que el sueño les cayó sobre los párpados. Y Atenea, la de ojos de lechuza, que había tomado la figura y la voz de Mentor, dijo a Telémaco, después de llamarle afuera del cómodo palacio:

ATENEA.—¡Telémaco! Tus compañeros, de hermosas grebas, ya se han sentado en los bancos para remar y sólo esperan tus órdenes. Vámonos y no tardemos en comenzar el viaje.

Cuando así hubo hablado, Palas Atenea echó a andar aceleradamente, y Telémaco fue siguiendo las pisadas de la diosa. Llegaron a la nave y al mar, y hallaron en la orilla a los melencolios compañeros. Y el esforzado y divinal Telémaco les habló diciendo:

TELÉMACO.—Venid, amigos, y traigamos los víveres, que ya están dispuestos y apartados en el palacio. Mi madre nada sabe, ni las criadas tampoco, a excepción de una, que es la única persona a quien se lo he dicho.

Cuando así hubo hablado, se puso en camino y los demás le siguieron. En seguida se lo llevaron todo y lo cargaron en la nave de muchos bancos, como el amado hijo de Odiseo lo tenía ordenado. Al punto embarcose Telémaco, precedido por Atenea, que tomó asiento en la popa y él a su lado, mientras los compañeros soltaban las amarras y se acomodaban en los bancos. Atenea, la de ojos de lechuza, envíoles próspero viento, el fuerte Céfito, que resonaba por el vinoso ponto. Telémaco exhortó a sus compañeros, mandándoles que aparejasen las jarcias, y su amonestación fue atendida. Izaron el mástil de abeto, lo metieron en el travesaño, lo ataron con sogas, y al instante descogieron la blanca vela con correas bien torcidas. Hinchó el viento la vela, y las purpúreas olas resonaban grandemente en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Así que hubieron atado los aparejos a la